Año I. TOLEDO 5 DE MARZO DE 1904 Núm. 6.°

SUSCRIPCIÓN
TOLEDO
Trimestre. . . . 0'65 ptas.
Semestre.. . . . 1'25 ptas.
Año. . . . . 2'40 ptas.
Un veinticinco. 0'05 ptas.
Número suelto 5 ctms.
ANUNCIOS
En 1.ª plana 50 ctms línea.
En 4.ª plana 10 ctms. línea.

EL CASTELLANO

SUSCRIPCIÓN
ESPAÑA
Trimestre. . . . 0'75 ptas.
Semestre.. . . . 1'40 ptas.
Año. . . . . 2 75 ptas.
Un veinticinco. 0'05 ptas.
Número suelto 5 ctms.
ANUNCIOS
Por centímetros cuadrados precios según tarifa.

Dirección, TENDILLAS, 21. | Periódico semanal, LITERARIO Y DE ENSEÑANZA | Administración, TENDILLAS, 21.

DELENDA EST CARTAGO

Ha recordado estos días un célebre escritor el ejemplo del severo Catón, que para evitar daños futuros á su Patria, al final de sus discursos, fuese ó no pertinente, pronunciaba aquella tan sabida frase: «además creo que debemos destruir á Cartago». *De cotero Delenda est Cartago;* y el aludido escritor, aplicando estas palabras á la mala prensa, afirma que constantemente debemos exclamar, parodiando al orador romano: *es necesario destruir la mala prensa.*

Oportunísima aplicación, y en la que deseamos se fijen nuestros lectores, porque entraña suma transcendencia.

Los perjuicios de la mala prensa no están, como los que de Cartago amenazaban á Roma, por venir, sino que há ya mucho tiempo, desde que ella existe, que los estamos sintiendo; no afectan sólo al orden material, sino también, y más principalmente, al orden moral, y estos perjuicios son tantos, tan intensos y tan graves, que con ellos no tienen comparación los enormes que las guerras han causado en los pueblos.

Poned uno junto á otro los cuadros de todas las guerras que han asolado las naciones, y formaréis un inmenso y tétrico panorama, que no puede contemplarse sin espanto; agregad á esto los cataclismos que la tierra ha sufrido; todo junto, quintuplicado, no una, sino las veces que queráis, y la suma total de vuestros cálculos no equivaldrá, ni remotamente, á la suma total de daños que origina la mala prensa.

¿Acaso no sabemos, los que pensamos cristianamente, que el valor de un alma excede al de todos los tesoros del mundo? ¿ignoramos, por ventura, que la mala prensa, toda ella, tiende á la ruina de las almas? ¿desconocemos tampoco que esta prensa no es, aunque debiera serlo, un enemigo de quien se huye, ó á quien se resiste, sino por el contrario, se le admite en nuestros campamentos, duerme en nuestras tiendas, en las que, alevosamente, quítanos la vida?..... ¿Cómo, pues, vamos á comparar los estragos de la guerra en el mundo, con los que en las almas hace la mala prensa, si aquéllos, por muchos que sean, nada son ante la pérdida de un alma; si tan extendida se halla, si tan fácilmente puede vencer, cómo que nosotros mismos nos ponemos al alcance de sus tiros?....

¿Quién podrá enumerar los daños de la mala prensa? Ella es la que envenena las inteligencias, trastorna los hogares y pervierte á la sociedad entera; ella es la que promueve esas sangrientas luchas parciales de bandos contra bandos; ella es la que, atizando el fuego de todas las iras y de todas las concupiscencias, está preparando á la humanidad para reñir la gran batalla universal de clases; ella es la que todo lo invade sin respetar nada, ni honra, ni verdad, ni justicia; ella saquea las conciencias, arranca de las almas la fe, á los corazones despójalos de su nobleza; todo lo hace botín; todo lo convierte en ruinas, y lo peor es, que no un Alejandro Magno ó un Alejandro Farnesio es el que inspira el plan estratégico: que suele ser, á veces, un escritorzuelo, con mucha saña y escaso entendimiento, el que emprende tan vasta campaña de destrucción.

Á esta prensa, pues, no sólo hay que despreciarla, como ha dicho Maura, sino que es preciso combatirla, acabar con ella, destruirla. *Delenda est Cartago.* ¿Cómo? Difícil obra es, si los católicos se obstinan en alimentar al enemigo á sus propios pechos. Parece increíble lo que sobre esto se ha dicho, sin que paremos mientes en su importancia. Estamos penetrados los católicos de que esa prensa no puede cogerse en las manos, sin que se manchen de cieno; de que no es posible leerla á la luz clara de la razón serena; de que es un crimen el sostenerla, y sin embargo, cooperamos con nuestro perro chico á su sostenimiento.

¡Señal de los tiempos! dicen algunos; ¡estamos todos locos!..... Yo así me lo explico, de otro modo no. No se explica, que en sano juicio, seamos católicos, defendamos á la Religión y á la Iglesia, y al mismo tiempo mantengamos la prensa que todo esto combate sin cuartel; no se explica, que nos manifestemos escrupulosos en moralidad y amantes de la ley, y al propio tiempo compremos la prensa, para la que ni moralidad, ni ley Divina ni humana existen; no se explica que queramos tener armonía en las familias y paz en las sociedades, y nosotros mismos llevemos á nuestras casas esa prensa donde nuestros hijos aprenderán á menospreciar nuestra autoridad, y fomentemos esa prensa donde los hombres se enseñan á odiarse; no se explica que uno aborrezca la muerte, y él mismo se esté clavando en el pecho un puñal envenenado, que forzosamente ha de matarle.....

¿De qué sirve lamentar los avances del enemigo, si somos nosotros los que le suministramos víveres y municiones? Nada adelantaremos con Asambleas, nada con Ligas, mientras no se establezca una Liga de todas las personas sensatas, contra la mala prensa; comprometiéndose, por honor, á no comprar ni leer un sólo periódico de los que forman el cacicato de la maldad. Ya se ha empezado en Burgos; hágase en toda España, extiéndase por todo el mundo, y mientras esto no se haga nada se conseguirá. Mientras demos entrada libre á *El Imparcial, El Liberal, Heraldo* y á todos los de la misma especie, será inútil cuanto se intente para una verdadera restauración católica.

Á comprometernos, pues, comenzando por este año y en honor de la Inmaculada, á no leer ni comprar periódico alguno, que no sea, ante todo y de verdad, católico; á propagar y difundir, por todas partes, la buena prensa; á recoger y rasgar todos los malos libros y periódicos.

La mala prensa: he ahí el enemigo; contra él todos debemos de luchar; hemos de acabar con él; es necesario destruirle. *Delenda est Cartago.*

Su Majestad el Rey en Toledo.

Preparativos.—En la Estación.—Acompañamiento.—En marcha.

Según había anunciado la Prensa madrileña y, por ésta, la de Toledo, Su Majestad el Rey se proponía hacer una visita á nuestra Imperial Ciudad.

El Sr. Benegas hizo circular por el pueblo de Toledo una hoja impresa, invitando á los vecinos á que engalaran los balcones y ventanas de sus domicilios para recibir al Monarca.

Desde las primeras horas de la mañana del miércoles, á pesar de lo desapacible del tiempo, se notaba en nuestra ciudad un movimiento anormal. Á las nueve y media la plaza de Zocodover era invadida por un gentío inmenso. En balcones y ventanas se lucían hermosos mantones de Manila y bonitas y caprichosas colgaduras.

En la Estación del ferrocarril esperaban impacientes la llegada del tren real los señores Duque de Arión, vestido de Gentilhombre; el Marqués de Villamayor; Obispo Auxiliar; General Macías; Gobernador civil; Senadores y Diputados de Toledo y su provincia; el Coronel y Oficialidad de la Fábrica de Armas, Academia de Infantería y Colegio de María Cristina; Abogados, Ingenieros, Médicos, Catedráticos, etc., etc. Una columna de alumnos, con la bandera al frente y la banda de música de la Academia de Infantería, formaban en el andén.

Á las diez y cuarenta vibró en el aire el estridente silbido de la locomotora, anunciando la presencia del tren real. Al entrar éste en agujas, sonaron los acordes de la Marcha real, y los Alumnos presentaron armas. Un estruendoso ¡Viva el Rey! resonó en el espacio, siendo contestado por la muchedumbre.

El Rey vestía uniforme de Capitán General en campaña. Al bajar del coche fué recibido por el Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar y Gobernador civil. Venían acompañando á Su Majestad, el Príncipe de Asturias, los Generales Polavieja y Pacheco y otras distinguidas personalidades. El Rey, avanzando hasta donde se hallaba la bandera, se cuadró ante ella saludando militarmente; y dirigiéndose á su Ayudante, le dijo: «¿Qué vamos á caballo?»—«Como guste, Señor», contestó éste.—«Pues vamos á caballo», replicó el Rey sonriendo.

Puesto en marcha, montando hermoso caballo de raza inglesa, se dirigió el Rey á Toledo, seguido de sus Caballerizos y un escuadrón de húsares de Pavía; el Rey, en su carrera, era aclamado por el pueblo; Su Majestad saludaba á todos sonriente.

En el Puente de Alcántara.—Entrega de las llaves de la ciudad.—Lo que hablaron Benegas y Su Majestad.—Camino de la Catedral. Lluvia de flores.

En el Puente de Alcántara esperaba, para recibir á Su Majestad, el Alcalde señor Benegas al frente de los Sres Concejales, Maceros y demás dependencias del Municipio; *los Armados,* á pie firme, presentaban sus lanzas. Al llegar el Rey al citado sitio, se acercó á él el Sr. Benegas, con una bandeja en la cual estaban las llaves de la ciudad, y le dijo: «Señor: el Alcalde de Toledo tiene un gran honor en entregarle las llaves de la Imperial Ciudad.—Toledo celebrará, con mucho gusto, el creer que cuenta con un toledano más.—¡Viva el Rey!.....» ¡Vivaaa! contestaron todos. Su Majestad, contestando al Alcalde, le dijo: «No se ha equivocado Toledo al creer que hay en mí un toledano más», y, dando espuela al caballo, se dirigió, seguido de toda su comitiva, á la Catedral.

Durante el trayecto se repitieron los vivas con rapidez; los balcones de la carrera estaban engalanados y ocupados por distinguidas y bellas señoritas. Al llegar Su Majestad á la calle del Comercio, frente á los balcones del Colegio Médico, cayó sobre él una verdadera lluvia de flores, arrojadas por las señoritas que ocupaban los balcones situados al frente de los del citado Colegio de Médicos y Farmacéuticos. En la calle del Hombre de Palo una anciana grito ¡viva el Rey!, al mismo tiempo que le arrojaba un hermoso ramillete de flores.

En la Catedral.—«Te Deum».—Viendo las alhajas.—En la Capilla muzárabe.

El Rey penetró en la Catedral por la Puerta principal, llamada *del Perdón,* donde esperaba á Su Majestad el Emmo. Sr. Cardenal Sancha, precedido de su Crucero y acompañado por todo el Cabildo. En el momento de entrar el Rey, le presentó el Sr. Cardenal el *Lignum Crucis,* arrodillándose ante él y besándole con verdadera devoción; el Cardenal, agarrado al brazo de Su Majestad, y bajo palio, se dirigió al Altar mayor, entonándose solemne *Te Deum;* desde allí marcharon á la Capilla del Sagrario, admirando el valor de lo que allí existe; el tiempo que permaneció en el Ochavo se le figuró poco á Su Majestad, y en realidad fué corto, dado el que se necesita para hacerse cargo del gran tesoro que allí se encierra. En la entrada de la Capilla muzárabe le esperaba este Cuerpo capitular, usando todas las ceremonias del ritual. Su Majestad se dirigió al Altar, donde oró por breves momentos, y examinando detenidamente los Misales, fijóse especialmente en la fracción de la Hostia, que, á diferencia del Rito latino que sólo se fracciona en tres partes, en el muzárabe se hace en nueve partes, correspondiendo cada una de éstas á los nueve atributos de la Pasión. El Rey se dirigió al Coro, donde ocupó la silla central, teniendo á su izquierda á Su Eminencia Reverendísima, y á su derecha al Príncipe de Asturias; y para darle idea de lo que era el Rito muzárabe, entonaron ante él la *Lauda Rami mei,* la cual escucharon con verdadero gusto.

Camino del Ayuntamiento.—Obsequio á Su Majestad.—Recepción en el Ayuntamiento. Camino del Alcázar.

Su Majestad abandonó la Catedral saliendo por la misma Puerta *del Perdón;* á su lado marchaban los Sres. Gobernador civil y Alcalde. La Srta. Dolores Reus se acercó á Su Majestad, obsequiándole con un hermoso ramo de flores; Su Majestad aceptó el regalo, dando las gracias sonriente á la citada señorita. En el Ayuntamiento le esperaban en la puerta dos *Armados,* presentando las lanzas. En la escalera, adornada con preciosas macetas, hacían los honores los citados *Armados.* El Rey, penetrando en el salón destinado antigüamente á Audiencia, tomó asiento en un sillón colocado al efecto, desfilando ante él todas las Corporaciones de Toledo. Una vez concluída la recepción, el Rey, acompañado del Sr. Benegas, salió á uno de los balcones que dan vista á la plaza del Ayuntamiento. No bien se hubo presentado el Rey, cuando el pueblo le vitoreó con entusiasmo. Desde el citado balcón estuvo admirando la Torre de la Catedral. Una vez terminado el acto, el Rey se dirigió al Alcázar.

En el Alcázar.—En el Picadero.—Recorriendo todas las clases.—Entrega de una Instancia.—Camino de la Fábrica.

El Rey en la Academia de Infantería fué recibido por el Coronel y toda la Oficialidad de dicho Centro; Su Majestad estuvo haciendo ejercicios en el Picadero, poniéndose al frente de un grupo de Alumnos, á los cuales mandó él mismo. También recorrió todas las Clases, sacando buena impresión de las mismas, y prometiendo hacer cuanto pueda para establecer en Toledo la Academia General Militar. Al salir de la Academia para dirigirse á la Fábrica, un hombre de pueblo entregó al Caballerizo mayor un papel, el cual cogió.—Nosotros, al interrogar á dicho hombre, nos dijo se llamaba Julián Galán Braojos, natural de Gálvez; al decirle qué era lo que pedía en la instancia, nos dijo: «Miren ustedes, yo soy de la quinta del 92, y me quieren ingresar en filas ahora, después de trascurridos doce años; tengo cuatro de familia, y si yo me marcho, ya ven ustedes, mis hijos son pequeños y no tendrán quien se lo gane, y por eso pido en esa instancia me dispense el Rey el ir al servicio»;—después de dar un cigarrillo al Julián, se despidió de nosotros afectuosamente.

En la Fábrica de Armas.—Examinando talleres.—En el Polígono.—Camino de la Estación.

En la Fábrica de Armas esperaban á Su Majestad toda la Oficialidad; la Fábrica es-